

vación, tienen que hacer las clases directoras en todo país si no quieren que sea un hecho la revolución desde abajo. En España la anunció como necesaria Maurra; la juzgó urgentísima Costa; la predicaban en formas más o menos embozadas todos los políticos. ¿No quieren realizarla en este momento supremo, trascendental, grave, de nuestra historia los hombres que nos gobiernan? Bueno. Den, si ven en ello el remedio, estas dos pesetas a los obreros españoles que, huyendo de la guerra, han vuelto a España, a su patria. Dénselas como caridad. Pero, vivan atentos. No despierte en el alma de estos obreros el convencimiento de que deben vivir aquí, de que hay medios sobrados para vivir aquí, de que no han de expatriarse mientras haya aquí tierras incultas, y en vez de volver a Francia a matar el hambre, decidan quedarse en España para buscar por la fuerza, la solución, no de caridad, sino de justicia, que por el derecho no se les ha querido dar.

EL PEOR HOMBRE Y LOS PEORES PROCEDIMIENTOS

Estamos en Barcelona. Por las Ramblas va y viene una multitud inmensa que habla, que ríe. Por el arroyo, corren, locos, los automóviles, los coches, los tranvías. Por la calle de Fernando, coronada de luces, transcurren lentamente centenares de personas que se detienen, unas después de otras frente a los escaparates llenos de joyas, o de juguetes, ó de adornos, o de manjares... Por la plaza de Cataluña, por la calle de Pelayo, por el paseo de Gracia, por la Ronda de San Pedro, pasean su belleza y su riqueza millares de mujeres. Todo es vida, todo es movimiento, todo es fastuosidad, todo denuncia superabundancia... ¿Hay miseria en este pueblo? ¿Hay alguien que no pueda comer; que no haya comido; que no tenga pan para dar a sus hijos?

En la plaza de San Jaime, frente al Ayuntamiento, hay diez, o doce parejas

de seguridad montadas y un enjambre de policías, de guardias civiles, de guardias de orden público. En el paseo de Colón, frente al Gobierno Civil, hay otro retén de policías. En el Paralelo las parejas de guardias forman un racimo: están tocándose. Por las Ramblas, por la calle de Fernando, pasan los automóviles y los tranvías, de dos en dos, los números de la guardia civil. ¿Qué sucede en este pueblo tan rico, tan dispuesto a gozar de la vida, tan alegre, para que haya tanta vigilancia? ¿Qué se teme?

Tristes, sucios, pálidos, con la cabeza baja, con los ojos bajos, véñse por las Ramblas y por esas calles céntricas y lujosas, grupos de hombres. Van seguidos de mujeres y de niños. Son los obreros sin trabajo; los obreros que han vuelto de Francia y al llegar a Barcelona, a España, se han encontrado sin dinero y sin empleo para sus brazos; son los obreros que han ido siendo despedidos de las fábricas, de los talleres, de las oficinas que en Cataluña se han cerrado por causa de la guerra europea. Han ido al Ayuntamiento y al Gobierno civil pidiendo trabajo o pan

un día, otro día, otro día... Ni el Ayuntamiento les ha empleado ni el Gobierno Civil los ha socorrido...

Al contrario. Sabiendo el Gobierno Civil que los sin trabajo habían organizado una manifestación para interesar a la ciudad en sus dolores, mandó trás la manifestación fuerzas de la policía que, al primer grito de los manifestantes, cayeron sobre ellos con toda la furia brutal de sus palos y de sus sables. Sabiendo el Gobierno Civil que los sin trabajo tenían que celebrar una reunión para acordar la conducta a seguir en este momento trágico, dispuso que la policía los esperara a la salida y por el solo motivo de salir en grupo, cargara contra ellos. Y así se hizo. Y el jueves, a las doce de la noche, los guardias de seguridad y del orden público persiguieron con el sable desenvainado, azotándoles la espalda a unos hombres que habían cometido el delito de pedir cien veces y en todos los tonos humillantes para un varón con músculos y con inteligencia, trabajo y pan.

* * *

El gobernador civil en unas declaracio-

nes que aparecen en «La Vanguardia» del viernes, ha dicho que él no permitirá más manifestaciones y que impondrá el orden por encima de todo. El Ayuntamiento está rodeado de fuerzas de guardia civil y de seguridad. El ministro de la Gobernación ha manifestado que se han mezclado con los obreros elementos extraños, propensos a toda indisciplina, y que, por consiguiente, está dispuesto a proceder con severa energía. Por las Ramblas, por las Rondas, por los paseos, por las calles, patrullan parejas de la guardia civil. ¿No está bien clara ya la solución que ofrecen las autoridades a este conflicto del hambre, de la falta de trabajo, de la miseria?

El gobernador civil ha dicho que no permitirá más manifestaciones, como si el conflicto fueran las manifestaciones. El ministro de la Gobernación ha dicho que se han mezclado con los manifestantes, elementos extraños, como si estos elementos extraños fueran el conflicto. Las autoridades, en una palabra, han dicho que no tolerarían que se altere el orden, como si la alteración del orden fuera el conflicto. No. El conflicto no son las manifestacio-

nes, ni el elemento extraño, ni la posible alteración del orden. El conflicto es el hambre, la miseria, la falta de trabajo. Este. Y este conflicto, permitiendo o no permitiendo las manifestaciones, mezclándose con los manifestantes, o apartándose de ellos, elementos extraños; alterándose o conservándose el orden, subsistirá, agravándose cada día más, cada hora más, cada minuto más, si las autoridades no buscan una solución más humana, más justa, más racional, más digna, que los sables y los caballos de la policía y la guardia civil.

No se trata en este momento histórico de una revuelta política que puede sofocarse prendiendo a los cabezas de motín; no se trata de una protesta callejera que puede disolverse a palos; no se trata de una manifestación con un fin determinado para una hora señalada, que evitando que se celebre en aquel momento ha perdido ya su razón de ser. No. Se trata de que hay hambre de pan en millares de casas; se trata de que no tienen trabajo ni esperanza de tenerlo, millares de hombres; se trata de que no pueden comer una porción

de familias ciudadanas. Y este conflicto no se resuelve deshaciendo a sablazos una manifestación, ni abarrotando de parejas de orden público las calzadas de la Rambla, ni dictando órdenes severas desde Madrid. Podrá con ello, tal vez, evitarse que se reunan, que griten, que se estacionen en un puesto fijo los que no comen. Pero el conflicto no se evitaría. Si el hambre queda, si no llega pan a los hogares vacíos, si no se emplean los brazos que huelgan, el conflicto estallará en el instante menos pensado con toda la crueldad que engendra una amargura justa, sofocada con un palo, por la autoridad..

En Suecia, en Inglaterra, la guerra no ha disminuído el trabajo, ni ha producido al estado de miseria que se descubre en España. ¿Por qué? Inglaterra y Suecia han comprendido que la guerra había de producir disminución de brazos, diferencia en menos de producción, vacantes de mercados, y se han dispuesto a suplir con su esfuerzo, con su dinero y con su voluntad todas estas deficiencias. España no. El capital que en otros países se ha lanzado a la circulación empleándose en obras pú-

blicas y en empresas, aquí se ha retraído. Hay fabricante catalán, millonario, que esperando poder comprar la primera materia para su fabricación dentro de dos meses, a precio más bajo que el que hoy tiene, ha cerrado la fábrica, dejando en el desamparo a centenares de familias. No ha pensado en que aquellas familias formaron su fortuna; no ha pensado en que fué el sudor y el trabajo de aquéllos hombres a quienes iba a despedir los que le enriquecieron. Nada. Los ha despedido agravando el conflicto actual. Las entidades bancarias que en otros países han dado facilidades para todas las operaciones de crédito, aquí, en España, donde alguna de estas entidades medra a cuenta de la protección escandalosa que el Estado le presta, han cerrado el crédito o le han puesto tan subidas condiciones que sólo puede llegar a él quien no tenga necesidad de él para negociar o para vivir. El Gobierno, que en otros países, en situaciones menos críticas que la actual situación española, ha tomado iniciativas y ha suplido la energía privada incautándose de cuantas obligaciones quedaban des-

atendidas, en España, se han detenido en el reparto de unas rentas de pesetas para obras públicas que ni quitan el hambre, ni dan trabajo. Millones de hectáreas de tierra hay sin trabajar, y el Gobierno no las expropia para entregarlas a esos braceros que huelgan; explotaciones mineras se paralizan, y el Gobierno las nacionaliza empleando en ellas parte de esos hombres que han venido de Francia; fábricas y talleres se cierran sin causa, y el Gobierno no interviene para obligar a los patronos a cumplir con su deber; compañías extranjeras establecidas en España cesan en sus empresas y el Gobierno no se pone al frente de ellas reteniendo a todos los obreros que han sido despedidos. El Gobierno no solo no ha pensado en la importancia que para el comercio español, para la riqueza española, para el progreso español podrían tener las actuales circunstancias. No lo ha pensado. Al contrario. Si ha visto que el comercio se encogía y se asustaba, no le ha dado alientos ni caminos; si ha visto que se han cerrado minas y fábricas, las ha dejado cerrar impasiblemente; si ha visto que el Banco difi-

cultaba las operaciones de crédito, no ha intervenido obligándole a obrar con justicia; si ha visto que vagaban obreros y obreros, que el hambre iba entrando por las casas, que la miseria era ya un conflicto, no ha acudido con pan o con trabajo: ha dado disposiciones severas, ha lanzado guardia civil a la calle y ha procurado por el orden... Por el orden español... Por ese orden español que ya Pi y Margall decía que era el más escandaloso, el más bajo y el más injusto de los desórdenes.

«Busca en todos los momentos históricos, decía Montaigne, que el hombre que esté al frente de tu país pueda conducirse con las circunstancias o pueda imponerse a ellas. Nunca busques un hombre que pueda ser dominado por las circunstancias.» En los momentos actuales, en que es necesaria la entereza, la resolución, la firmeza, el imperio de una sola voluntad, no podía hallarse para estar al frente de un país un hombre menos acondicionado que el señor Dato que representa en la política española, la debilidad, la dulzura, la duda, la incertidumbre, la sumisión... No

podía hallarse un Gobierno menos capacitado, menos apto. No es la reflexión, ni la serenidad, ni el convencimiento de una medida, lo que inspira sus actos: es el miedo. Por miedo han hecho el reparto de unas cuantas pesetas destinadas a obras públicas, y por miedo han lanzado la guardia civil por las calles de Barcelona.

El Gobierno en vez de tener el valor de proceder contra los ricos que en este momento crítico han guardado su dinero, ha tenido la debilidad de ir contra los pobres que pedían y siguen pidiendo pan y trabajo. En vez de proceder contra los ricos que en este instante de sacrificios han hurtado su cuerpo y su oro, ha hostigado a los pobres, que ya vivían en guerra. En vez de procurar la transigencia de los dos pueblos—el pueblo de los ricos y el pueblo de los pobres—que, según Platón, viven en toda ciudad, ha acentuado la distancia, ha marcado la diferencia. Ha desencadenado odios, ha despertado deseos de luchas en el alma de un país que convenía viviera en paz; que el mismo Gobierno quería que viviera en paz. Ha sembrado vientos. Rece a Dios para que de-

tenga en lo más alto de los cielos, las tempestades.

EL FONDO DEL PROBLEMA.
MAS JORNAL, MAS TRABAJO

Sigue la huelga de Barcelona. Sigue en toda España el descontento, el malestar, la inquietud, por el aumento diario del precio de las subsistencias. Es este malestar; en unas poblaciones, la protesta que estalla ruidosa, con motines, con tiros. Es, en otras poblaciones, la anarquía mansa, la resignación, que envuelve un sentido de impotencia, de cansancio, de excepticismo. Es, en otras poblaciones, en las más, la emigración que va dejando sin brazos los campos, sin obreros las ciudades; la emigración, que va ofreciéndose como única esperanza de los españoles.

El encarecimiento de las subsistencias carga con todo el peso de la culpa. «No se puede vivir» exclama el español. Y al dolerse así, va señalando el tanto por ciento que han tenido de aumento, durante la guerra europea, todos los artículos de primera necesidad. Aumento que no se mar-

ca de año a año o de mes en mes, sino de día en día. Ejemplo, el trigo. En la plaza de Valladolid, la fanega iba en 12 de enero a 61'25 reales; en 17 de Enero iba ya a 61'50; y en 26 de enero llegaba a 62'75. En Medina, el 12 de enero iba a 60; el 17 de enero a 61, y el 26 de enero, a 63. En Arévalo, el 12 de enero iba a 61; el 17 de enero, iba a 61'50, y el 26 de enero, a 62'50. En Barcelona, el 12 de enero iba a 61'65; el 17 de enero a 63, y el 26 de enero, a 63 del mismo modo. Como el trigo, podrían igualmente constituir ejemplo, el vino, el azúcar, el carbón. Todo. ¿Cómo puede vivir así? exclama el empleado que sigue cobrando el mismo sueldo que cobraba hace dos años, cuando el trigo, el azúcar, el vino y el carbón iban un 50 o un 100 por 100 más baratos que ahora. ¿Cómo puedo sostenerme así? se pregunta el trabajador del campo que está con la esteva o con la azada en la mano, de sol a sol y gana sus dos buenas pesetas diarias. ¿Cómo puedo continuar yo así? grita, ya en medio de la calle, el obrero de la fábrica y del taller, negándose a recibir los diez reales o las tres pesetas o las cuatro pesetas, que,

como antes de la guerra, quieren darle por jornal.

¿Pero es que las subsistencias solo han encarecido en España? No. El trigo se vende en nuestros mercados a precios semejantes a los que cotizan en Inglaterra y Francia. Otros artículos figuran en el extranjero con alza, comparados con el precio que dichos artículos tienen en España. ¿Habrá, pues, en el extranjero, principalmente en estos dos países, Inglaterra y Francia, el descontento, el malestar, la inquietud que se observa en España? No. A Francia van diariamente en busca de trabajo centenares de españoles. Y se quedan en Francia. Y mandan a España dinero para sostener a su familia. Y si vuelven de temporada en temporada, vuelven con ahorros. ¿En Inglaterra? Ramiro de Maeztu, en un artículo publicado hace breves días en el «Heraldo de Madrid», nos hablaba del cambio operado en Inglaterra en el espacio de los meses que señala la guerra. «Se ha acabado la miseria, dice. El número de «sin empleo» que se constituía un peligro social, ha desaparecido. Todos los ingleses tienen trabajo. Y un

trabajo mejor retribuido que antes. Tanto, que el obrero inglés ahora viste mejor, come mejor, se aloja en más cómodas habitaciones y se divierte más de lo que se divertía antes de la guerra.» ¿Qué será, pues, que obrando las causas de la guerra en un mismo sentido en todos los países y produciendo un mismo efecto en todos los países, éste efecto, a unos países, Inglaterra y Francia, no los daña, y a otros les causa el daño que está causando en España?

Un escritor inglés, Dewesy, en un estudio reciente, fijaba las variaciones de jornal que en cada país ha señalado la guerra. La mayor diferencia se acusaba en los Estados Unidos, donde el aumento llegaba en muchas industrias a más de un 50 por 100. Seguía después Inglaterra. Venía después Francia. Después Italia. Al llegar a España, el escritor aludido se limitaba a decir que los jornales no habían cambiado. En España el trabajador del campo seguía cobrando lo mismo que cobraba antes de la guerra; el trabajador de la mina, del taller, de la fábrica, igual. ¿Es que el jornal del trabajador de Espa-

ña era antes de la guerra, más alto que el jornal del trabajador de los otros países? No. El Instituto de Reformas Sociales; en una de sus informaciones, nos enseña que el jornal medio del trabajador del campo en España es de tres a cuatro veces menor que el jornal del trabajador del campo de los otros países. Casi la misma proporción podría señalarse en los obreros de muchas industrias. ¿Es que la guerra, por nuestra posición de neutrales, nos deja a salvo de todos estos compromisos, nos aparta de todos estos conflictos? No. La guerra influye en nuestra organización nacional, retrasada, decadente, viciosa, rutinaria, inmoral, vieja, más que en la organización fuerte, moderna, normal, de los otros países. ¿Es que nuestro estado no nos permite atender a estas mejoras de jornal, a esta intensificación de trabajo, a este desarrollo de riqueza como las atienden los otros países? España—lo hemos escrito cien veces, lo hemos dicho mil veces—era la nación indicada para obtener mayores beneficios de la guerra, para aprovecharse más de la guerra. ¿Cómo? La concurrencia de los otros paí-

ses en guerra, no la hubiera encontrado ahora en los mercados, si España hubiera sabido acudir a los mercados. La paralización de muchas labores agrícolas a que se han visto forzados los países en guerra, hubiera podido centuplicar la riqueza agrícola de España, si España hubiera puesto inmediatamente en cultivo los millones y millones de hectáreas de terreno que hoy continúa siendo yermo, calvero, estepa, erial. La conversión de muchas fábricas extranjeras en fábricas de municiones o de utensilios para la guerra, hubiera podido levantar docenas de fábricas en nuestro país si el Gobierno o el pueblo se hubieran dado cuenta de que el dinero en estos momentos no estaba para morirse en las cuentas corrientes de los bancos. Concentrada toda la energía de los otros países en la obra de la guerra, España quieta, silenciosa, pacífica, recogida en este rincón de Europa, hubiera podido dar el salto si hubiera dedicado del mismo modo todas sus energías a la obra de reconstitución interior. No ha querido hacerlo o no ha sabido verlo o no ha podido entenderlo. Lo que

sea. Lo positivo es que deje como deje la guerra a los otros países, España, olvidada en un rincón del camino, está desangrándose.

No son, en absoluto, las subsistencias con su precio elevadísimo, la causa de nuestra inquietud, de nuestro malestar. No. Son los jornales, los sueldos que ganamos; los medios que tenemos para adquirir las subsistencias. Medios insuficientes ya antes de la guerra, incapaces hoy, por completo. No está el conflicto en que cada día cuesten más el pan, el carbón, el vino, la casa, el vestido, la luz. No. Está en que antes de que llegaran estos artículos a tal precio, ganábamos ya poco, y en que hoy, en España, seguimos ganando lo mismo que ganábamos antes. «No es en el máximo del valor de las subsistencias donde han de poner mano los gobiernos, dice Dewesy, sino en el mínimo de los jornales.» Sí. No es problema de pan caro, de alquiler caro, de carbón caro. Es problema de jornal bajo. Es problema de falta de trabajo.

Y si para el problema de las subsistencias habiendo cien soluciones abstractas

no hay ninguna solución concreta, para el del jornal bajo y para el de la falta de trabajo, hay soluciones concretas. En España donde la guerra ha aumentado los dividendos de muchas Compañías y las exportaciones de muchas industrias y los depósitos de todos los Bancos; en España donde hay muchos montes por repoblar y muchas minas por explotar y muchos campos por cultivar; en España, el problema del jornal bajo y de la falta de trabajo, tiene soluciones concretas y rápidas y de aplicación inmediata. ¿Que los de arriba no las ven? Vayan viendo los de abajo si ha llegado la hora de enseñárselas. ¿Que los de arriba, viéndolas, no quieren aplicarlas? Vean entonces los de abajo, los que sienten hambre, los que huelgan, si ha llegado el momento de pedir las por las buenas o de imponerlas por las malas.

EL HAMBRE.—COOPERATIVAS CONTRA INTERMEDIARIOS

A medida que las subsistencias van encareciendo y dificultando la vida y levantando la sombra de la tragedia en los hogares españoles, uno se pregunta: ¿Son los transportes los que elevan el precio de los artículos de primera necesidad? ¿Son los aranceles? ¿Es la falta de producción? ¿Son los impuestos? ¿Son los intermediarios y acaparadores? Todos un poco, podemos decir, pero principalmente los intermediarios o acaparadores.

En un estudio titulado *Parasitismo intermediario*, el señor Ceballos Teresi descubre dolorosos aspectos de este problema. ¿El intermediario, dice? Y comenzando con estas palabras del señor Sánchez de Toca: «Son bien conocidos entre el vecindario madrileño los cálculos extraoficiales formalizados, tomando por punto de partida datos irrecusables de cuentas particulares, de cuyo análisis se comprueba